

# Los barrios al sol

Alojamiento y ciudad, modelos en discusión

*Del Caz, Gigos y Saravia*

2004 *Arquitectura Viva* 97

## Centros abandonados

Europa está ampliando desmesuradamente su superficie urbana. Las ciudades invaden nuevas áreas a un ritmo más de tres veces superior al incremento de la población. Un problema que incide sobre otro mayor, porque supone el abandono de un patrimonio que está reclamando a gritos soluciones: la ciudad existente. En ella, a pesar de las sucesivas ampliaciones, continúa estando el grueso de la vivienda. También en ella se encuentra el problema residencial más grave, que puede derivar en gueto, sobre todo en las bolsas de pobreza de los barrios que requieren urgentemente una intervención decidida, y más aún cuando empieza a mezclarse marginación con inmigración. Se trata de esos barrios con edificios de cuatro o cinco plantas, muchos sin ascensor; poco o nada acondicionados, muy calientes en verano pero extremadamente fríos en invierno; con viviendas demasiado pequeñas, sin garaje ni plazas de aparcamiento en las proximidades; con deficientes condiciones constructivas; con malas instalaciones y aspecto exterior muy pobre; donde los equipamientos siguen estando demasiado lejos; donde la población envejece sin pausa; áreas de las que deserta quien puede abandonarlas. ¿Qué futuro 'residencial' espera a los que se quedan? Ahí están: los barrios al sol. Siguen tal y como se construyeron hace ya cincuenta años. Sin perspectivas, sin capacidad de modificar su futuro urbano. Si hay un problema de vivienda y ciudad, está en ellos. ¿Se confía únicamente en que vayan despoblándose, sin más, poco a poco, hasta que el flujo vital los abandone? ¿Por qué la inversión en rehabilitación es tan extraordinariamente cicatera en ellos? Evoluciona en la ciudad el confort y la imagen urbana, pero a estos barrios no parece esperarles otro futuro que el de calentarse al sol y esperar algo más que un milagro.

## Un urbanismo de los derechos humanos

En la búsqueda de nuevas estrategias, un horizonte como el que proporciona la Declaración de los Derechos Humanos de 1948 puede contribuir al objetivo de una ciudadanía renovada. En los últimos años se han llevado a cabo algunos intentos en este sentido. La Carta Urbana Europea de 1992, por ejemplo, es un documento programático que, en palabras de sus redactores, debería reunir «los principales elementos necesarios para la posible redacción de una convención de derechos urbanos», aunque no tuvo la acogida esperada. O el lema de la 7ª Mostra Internazionale di Architettura de Venecia, 'Less aesthetics, more ethics' (menos estética, más ética), que sí hizo fortuna. También algunos intentos de urbanismo social, que en determinados países están dando lugar a leyes específicas contra la discriminación urbanística por razón de género o raza. Pero algo no acaba de cuajar; habrá que seguir haciendo esfuerzos de redefinición.

El derecho a la vivienda y el derecho a la ciudad se complementan. Sabemos también que los derechos humanos se tratan en forma global «y dándoles a todos el mismo peso», evitando cualquier signo de discriminación (Declaración de Viena, de 1993). Todos se interrelacionan. Si en un contexto se actúa a fondo sobre alguno de estos derechos, mejora el conjunto. Veámoslo en un solo asunto que forma parte del derecho a la ciudad: el derecho a la seguridad. Una de sus expresiones urbanas más contundentes es, obviamente, la cárcel. Desde el moderno discurso penitenciario la prisión cumple una función precisa que ha desembocado en una definición arquitectónica concreta (muros, visibilidad, control de accesos y movimientos). Pues bien, en los últimos tiempos se asiste en la ciudad a una cierta zonificación (estudiada por Mike Davis y Jan Vehrheim en los contextos norteamericano y europeo) a partir de la que se establecen algunas de las condiciones carcelarias. Así, en determinados barrios se filtra a los transeúntes; en otras áreas se aplican prohibiciones específicas; y otras se cierran mediante barreras infranqueables (los barrios fortaleza, ultraprottegidos y con vigilantes propios: las *gated communities*). El aire en todos ellos se confina y el derecho a la ciudad, que es también el derecho a no discriminar la seguridad, se desdibuja. No es extraño que a H. M. Enzensberger los barrios cerrados de los ricos le recuerden tanto a los campos de concentración: de alguna forma lo son. Se construyen barrios-cárceles para ricos. Eso sí, de diseño; aunque la arquitectura no se reproduce en cautividad.